

La sabiduría. Máximas para las artes de razonar bien, inventar y recordar

Gottfried Wilhelm Leibniz

La sabiduría es un conocimiento perfecto de los principios de todas las ciencias y del arte de aplicarlas. Llamo principios a todas las verdades fundamentales que bastan para sacar todas las conclusiones en caso de necesitarlas, después de algún esfuerzo y con alguna aplicación. En una palabra, lo que sirve para guiar al espíritu a regular las costumbres, subsistir honestamente, y sobre todo, para conservar la cordura aunque estuviera en medio de los barbaros, para perfeccionarse en toda clase de cosas de las que se pueda tener necesidad y para proveer a todas las comodidades de la vida. El arte de aplicar estos principios en cada ocasión incluye el arte de juzgar bien o de razonar, el arte de inventar las verdades desconocidas, y finalmente, el arte de acordarse de lo que se sabe en un momento dado y cuando haya necesidad.

El arte de razonar bien consta de las máximas siguientes:

1. No se debe reconocer por cierto más que aquello tan manifiesto que no se pueda encontrar ninguna duda. Será bueno para comenzar las investigaciones el imaginarse estar interesado en sostener lo contrario, con el fin de ver si este aguijón nos puede mover a encontrar alguna cosa sólida que aportar. Es preciso evitar los prejuicios y no atribuirles a las cosas más de lo que ellas encierran. Sin embargo, nunca se debe ser obstinado.
2. Cuando no haya medio de llegar a esta seguridad, uno debe contentarse con la probabilidad, a la espera de mayor luz. Pero es necesario distinguir los grados de las probabilidades y recordar que todo cuanto sacamos de un principio que sólo es probable, se resiente de la imperfección de su fuente, sobre todo cuando se suponen muchas probabilidades para llegar a la conclusión, porque se va volviendo menos segura por cada probabilidad que le sirve de fundamento.
3. Para sacar una verdad de otra se ha de guardar un cierto encadenamiento que no tenga interrupción. Porque igual que se puede asegurar que una cadena, cuando es segura, tendrá cada eslabón de buen grosor y se encadena a los eslabones vecinos, sabiendo el que le precede y el que le sigue, del mismo modo se puede estar seguro de la adecuación del razonamiento, cuando la materia es buena, es decir, que no quepa género de duda, y cuando la forma consiste en una concatenación perpetua de verdades que no admiten duda alguna. Por ejemplo, A es B y B es C y C es D, luego A es D. Este encadenamiento nos enseñará también a no poner nunca una conclusión que no se encuentre en las premisas.

El arte de inventar consiste en las máximas siguientes:

1. Para conocer una cosa se deben considerar todos los requisitos de esta cosa, es decir, todo lo que basta para distinguirla de otra cosa. Y esto es lo que se llama definición, naturaleza, propiedad recíproca.
2. Una vez hallado el medio de distinguir una cosa de todas las demás, se debe aplicar esta misma regla a la consideración de cada condición o requisito que entren en este medio y considerar todos los requisitos de cada requisito. Y esto es lo que llamo análisis verdadero o distribución de la dificultad en muchas partes.
3. Cuando se lleva el análisis hasta el final, es decir, cuando se consideran los requisitos que entran en la consideración de la cosa propuesta, y también los requisitos de los requisitos y cuando finalmente se llega a la consideración de las naturalezas consideradas en sí mismas, sin requisitos y sin necesidad de nada más que de ellas mismas para ser conocidas, entonces se llega al conocimiento perfecto de la cosa propuesta.
4. Cuando la cosa lo merezca, se debe intentar tener este conocimiento perfecto presente en el espíritu en todo momento, y repetir el análisis muchas veces hasta que nos parezca que la vemos toda entera con un solo vistazo del espíritu. Y para este efecto se debe observar toda gradación en la repetición.
5. La marca de un conocimiento perfecto se da cuando no se presenta nada de la cosa de lo que no se pueda dar razón, y que no haya un punto de encuentro cuyo acontecer no se pueda predecir anticipadamente. Es muy difícil llegar al fin del análisis de las cosas, pero no es difícil realizar el análisis de las verdades si es necesario. Porque el análisis de una verdad se logra cuando se encuentra la demostración, y esto no es siempre necesario, realizar el análisis del sujeto o del predicado para encontrar la demostración de la proposición. La mayor parte de las veces basta con comenzar el análisis de la cosa para llegar al conocimiento perfecto de la verdad, que se conoce de la cosa.
6. Debemos comenzar siempre nuestras investigaciones por las cosas más fáciles, como son las más generales y las más simples, igualmente con aquellas que son fáciles de experimentar y encontrar la razón, como son números, líneas, movimientos.
7. Se deben poner por orden, desde las cosas fáciles hasta las difíciles, y se debe intentar descubrir la progresión en el orden de nuestras meditaciones, con el fin de tener a la misma naturaleza por guía y garante.
8. Se debe intentar no omitir nada en todas nuestras distribuciones y enumeraciones. Y para esto las dicotomías por miembros opuestos son muy buenas.
9. El fruto de muchos análisis sobre diferentes materias particulares será un catálogo de pensamientos simples o que no se alejan mucho de lo simple.
10. Teniendo este catálogo de pensamientos simples, se está en estado de recomenzar a priori y explicar el origen de las cosas, partiendo desde su fuente con un orden perfecto y una combinación o síntesis absolutamente lograda. Y todo esto lo puede hacer nuestra alma en el presente estado en que se encuentre.

El arte de acordarse de lo que se sabe en el momento preciso y cuando sea necesario, consiste en las siguientes observaciones:

1. Uno debe acostumbrarse a tener el espíritu presente, es decir, a poder meditar bien en el tumulto, en la ocasión y en el peligro lo mismo que en el gabinete. Y por esto uno de debe probarse en las ocasiones y buscarlas, pero con la precaución de no exponerse sin gran motivo a un mal irreparable. Teniendo esto en cuenta es bueno ejercitarse en las diversas ocasiones en que el peligro es imaginario o pequeño, como son los juegos, las conferencias, las conversaciones, los ejercicios y las comedias.

2. Hay que acostumbrarse a las enumeraciones. Por esto es bueno ejercitarse en referir todos los casos posibles de la cuestión que se trate, todas las especies de un género, todas las comodidades e incomodidades de un medio, todos los medios posibles para alcanzar un determinado fin.

3. Hay que acostumbrarse a las distinciones, a saber, dadas dos o más cosas muy parecidas encontrar sobre la marcha todas las diferencias.

4. Hay que acostumbrarse a las analogías, a saber, dadas dos o más cosas muy diferentes, encontrar sus semejanzas.

5. Hay que poder referir sobre la marcha las cosas que se parecen mucho a la cosa dada o que son muy diferentes de ella. Por ejemplo, cuando me niegan una máxima general, es bueno que pueda dar ejemplos sobre la marcha. Y cuando uno aporta alguna máxima contra mí, es bueno que yo pueda oponer una instancia concreta; cuando me cuentan una historia, es bueno que yo pueda aportar sobre la marcha una parecida.

6. Cuando hay verdades o conocimientos en los que la relación natural del sujeto con el predicado nos es desconocida, como ocurre en las cosas de hecho y en las verdades de la experiencia, se debe servir de cualquier artificio para retenerlas, como por ejemplo, para las propiedades específicas de los simples, la historia natural, civil y eclesiástica, la geografía, las costumbres, las leyes, los cánones, las lenguas. No veo nada más adecuado para retener estas cosas que los versos burlescos y a veces, ciertas figuras; ítem las hipótesis controvertidas para explicarlas a imitación de las cosas naturales (como una etimología convenientemente verdadera o falsa para las lenguas, o la Regula Mundi, imaginándose ciertos órdenes de la providencia para la historia).

7. Finalmente, es bueno hacer un inventario escrito con los conocimientos más útiles, con un registro o tabla alfabética, así como llevar un manual portátil de lo que es más necesario y ordinario.